

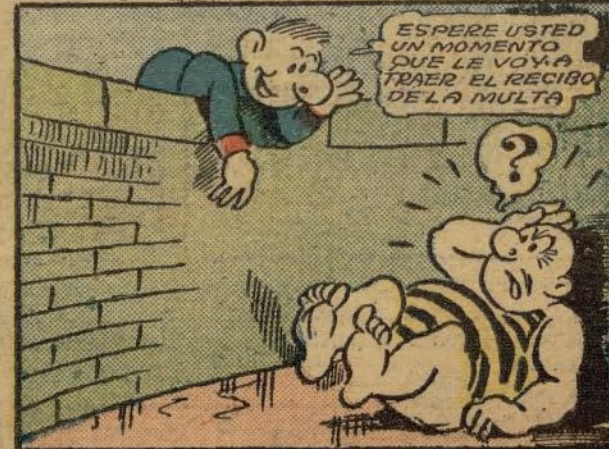
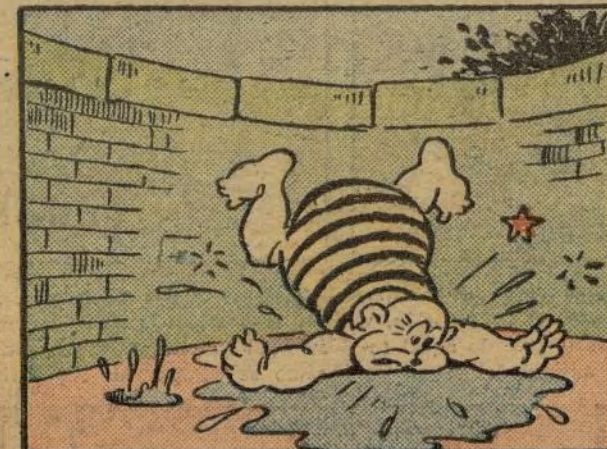


ño VI.—NUM. 319

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

20 de junio de 1935

El guardador del parque



Andanzas de Miguelín

EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA

EL BÚFALO SALVAJE



"¿Eh? ¿Qué es eso?", exclamó Miguelín deteniendo el caballo y mirando atrás al oír un alarmante crujido de ramas entre unos árboles cercanos. "¡Es un búfalo!", gritó Maruja Randall, la hija del granjero. ¡Mira allá, Miguelín!"



Un enorme búfalo apareció entre la maleza y lanzó un bramido de ira. Asustado el caballo de Maruja, se encabritó y, cogiendo a la muchacha desprevenida, la desmontó, lanzándola al suelo, y salió desbocado, perdiéndose entre la maleza.



Derribada en tierra, vio Maruja cómo se alejaba su caballo a galope, mientras el búfalo se le acercaba para embestirle. Dándose cuenta del peligro que Maruja corría, Miguelín preparó su lazo. No había minuto que perder.



"¡Ponte en salvo pronto, Maruja!", gritó Miguelín mientras volteaba el lazo sobre su cabeza y lo lanzaba hacia el búfalo. La muchacha, incorporándose rápidamente, pudo alejarse en el momento en que el lazo caía sobre la cabeza de la fiera.



Pero, desgraciadamente para Miguelín, con la excitación del momento, se había olvidado de sujetar la otra extremidad de la cuerda en el arzón de la silla, y fué arrancado violentamente de ella en cuanto el búfalo dió un derrote.



Maruja contempló la escena, y sin perder momento se dirigió hacia el caballo de Miguelín y se dispuso a montar. Al mismo tiempo, el búfalo, irritado por la molestia del lazo, se dirigió hacia el muchacho, que yacía aún en el suelo.



Advertido del peligro, Miguelín se incorporó de un brinco y corrió a ponerse a salvo, mientras el búfalo, con la cabeza baja, se dirigía hacia él. Margarita, montada en el caballo del muchacho, le salió al encuentro.



Picó espuelas, puso el caballo a galope y, al pasar junto a su compañero, le dijo: "¡Móntate a la grupa, Miguelín!" Sin titubear un momento, el muchacho cabalgó de un salto a la grupa. "¡Muy bien, Maruja!", dijo. ¡Suelta las riendas!"



Por algunos momentos pareció que el búfalo iba a alcanzar al caballo; pero poco a poco fué quedándose atrás hasta perderse de vista. "¡De buena nos hemos librado!", exclamó Miguelín cuando se vieron fuera de peligro.

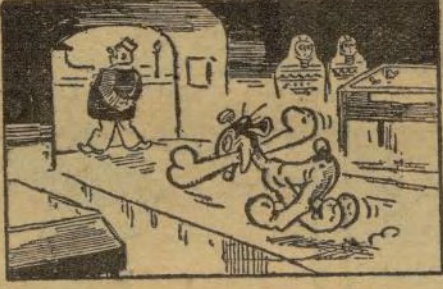
El próximo jueves os contará "JEROMIN" cómo vuestro amigo Miguelín detiene a dos ladrones de caballos

EL PERRITO VAGABUNDO

El perrito "Pelanas" es un perrito muy culto y de vez en cuando dedicaba unas horas al estudio. Hoy ha escogido un museo de Historia Natural para documentarse.



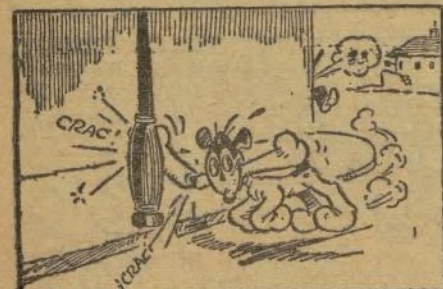
Pero ante la vista de un enorme esqueleto, las aficiones científicas de "Pelanas" entablan una lucha con sus aficiones a llenar la panza, con grave peligro para aquéllas.



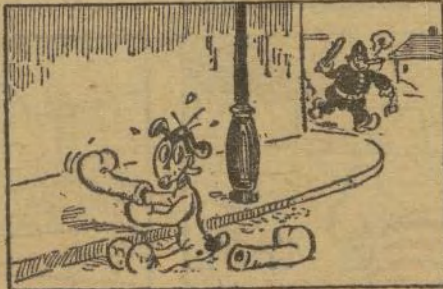
Y, como era natural, el estómago salió victorioso, y el perrito "Pelanas" tuvo a bien coger un hermoso hueso como trofeo, con el que huyó velozmente.



En su huida, el can atropelló al portero del museo, no sin que esta escena la contemplara un guardia, al que causó extrañeza aquella salida de "Pelanas".



Este seguía huyendo vertiginosamente, y al pasar junto a una farola, el hueso tropezó con ella, partiéndose por gala en dos.



"Pelanas" sintió los pasos del guardia, que había corrido en su persecución, y se dispuso a burlar el celo de aquel representante de la autoridad.



"Conque ladrón de museos, ¿eh?", decía el con fiado guardia mientras espesaba al perrito. "Pues ahora ya verás cómo se acaban tus rapacéricas".



"Si esta vez no me ascienden es que no hay justicia", murmuraba el polizonte, alejándose con los huesos y dejando a "Pelanas" libre para otra



El CASTILLO DE LOS MISTERIOS

Resumen de lo publicado.—Martín es un huérfano empleado en la posada "Las dos llaves", cercana al "Castillo de los misterios". Cierta día sigue al posadero y al llamado capitán Morgan por una puerta secreta, por donde cree que han secuestrado a una niña. Sorprende una reunión misteriosa, pero le descubren y, perseguido por un perrazo, llega a las almenas del castillo.



Ladrando furiosamente, el horrible mastín llegó hasta donde Martín se hallaba encima de las almenas, y, acometiéndolo, le hizo perder el equilibrio. El muchacho cayó de espaldas desde lo alto del parapeto.



En aquel mismo momento, mientras Martín caía hacia las rocas o las olas que lamían el muro del castillo, una persona llegó al parapeto y miró aterrada hacia abajo. Era el extraño personaje llamado capitán Morgan.



El misterioso marino vió con espanto que Martín iba a caer dentro del agua a pocos palmos de las puntiagudas rocas, contra las que podía haberse destrozado. Rápidamente se retiró y entró en el castillo.



Pasaron varios minutos, durante los cuales Martín pudo milagrosamente sostenerse a flote, casi desvanecido, a riesgo de verse estrellado contra las rocas o contra los muros del castillo. Luego apareció en la orilla el capitán Morgan, seguido de otro personaje desconocido, de correcto porte.



"¡Pronto! ¡Agárreme usted por la mano!", gritó Morgan a su acompañante acercándose a las olas. El desconocido obedeció, y entonces el misterioso marino se metió en el agua, y con el gancho de hierro que llevaba en su mano izquierda, recogió a Martín y lo atrajo hacia la orilla.



Apenas el muchacho fué extraído del agua, el capitán Morgan se lo cargó a cuestas y se dirigió con él hacia el castillo. Su desconocido acompañante abrió la puerta, y entonces se presentó ante ellos la niña Margarita Carter, preguntando: "¿Qué ha sucedido, tío?"



El señor aquel de porte distinguido explicó a Margarita lo sucedido mientras acostaba a Martín en un diván. Poco después el joven abrió los ojos y miraba atónito a la niña.



"¿Cómo!, exclamó el muchacho dirigiéndose a Margarita. ¡Tú eres la niña a quien llevaron raptada al mesón!" "Todo fué un error, respondió la niña. El señor Gale es mi tío, y estoy viviendo con él.



El señor Gale se dirigió entonces a Martín, diciéndole: "Deberías quedarte tú también con nosotros. Te ocuparías en algunos menesteres sencillos. ¿Accedes a ello? ¿Quieres vivir en el castillo?"



"Gracias, señor; acepto", respondió Martín. Margarita se llenó de alegría, porque había simpatizado con aquel muchacho. En aquel instante, Martín, señalando con el dedo un retrato colgado en la pared, exclamó: "¡Mirad! Los ojos de ese retrato se mueven!"

El próximo jueves sabréis cosas emocionantes si continuais la lectura de esta misteriosa historia que os cuenta "JEROMIN"

Juanin y el ladrón

Juanín estaba solo. En la casona desierta, los más pequeños ruidos adquirían gigantescas proporciones. Juanín,



cabizbajo, abstraído a todo, pensaba y pensaba. ¿Qué pensamientos eran los de Juanín?

Muy sencillos; al día siguiente era el cumpleaños de su madre, y el niño había decidido hacerle un regalo con las tres pesetas que a fuerza de fatigas lo-

grara reunir en un mes. ¡Tres pesetas! ¿Qué compraría, Santo Dios?

De improviso se levantó, brillándole la alegría en los ojos. ¡Ya estaba resuelto! Compraría flores, muchas flores: un precioso ramo de rosas y claveles. ¿Qué contenta se pondría su buena madre!

Súbitamente un leve chasquido, un ruido apenas perceptible, le hizo estremecer. Alguien empujaba y abría la puerta de la calle; un escalofrío de espanto le recorrió el cuerpo. ¿Ladrones! ¿Serían ladrones?

Rápidamente se ocultó tras unas cortinas y esperó anhelante. En efecto, la puerta de la calle, que sin duda quedara mal cerrada fué entreabriéndose con cuidado exquisito.

Y Juanín contempló desde su escondite al ladrón. Era un rapaz de unos doce años, sucio y andrajoso. En su carita había huellas de hambre y amarguras. Con rápido ademán había cogido de un mueble una florilla de plata, que guardó en su mugriento bolsillo.



Juanín entonces salió de su escondite y gritó: "¡Deja eso en su sitio, ladrón!" El muchachito, sorprendido, se recogió sobre sí mismo sin intentar defenderse ni escapar, y una lágrima resbaló por sus mejillas.

Ante semejantes muestras de dulzura, Juanín se dulcificó: "¿Por qué lloras?, dijo. ¿Qué ibas a hacer con ese objeto que no es tuyo?"

—Venderle—repuso con voz entrecortada el rapaz—. Quería venderle para poder comprar flores para mi madre.

—¿Para comprar flores?—murmuró Juanín. Y luego añadió en un súbito arranque:—Si era para eso, toma. Yo tenía tres pesetas para comprar lo mismo que tú. Llévate la mitad y podrás dar a tu madre la misma alegría que yo daré a la mía.

—Mi madre no tendrá esa alegría. Yo

Y como viera Juanín el espanto del ladrón retratado en su rostro, exclamó:

—No temas; nada te ha de pasar. Toma la parte que yo me reservaba; tú lo necesitas. Compra flores que adornen la tumba de tu madre, compra pan para ti. Y ahora, vete, corre, no vayan a venir y te sorprendan.

El rapaz andrajoso, como un autómatas cogió el dinero y se dirigió a la puerta. Pero desde allí se volvió corriendo, y, abrazando a Juanín, le besó nerviosamente, exclamando:

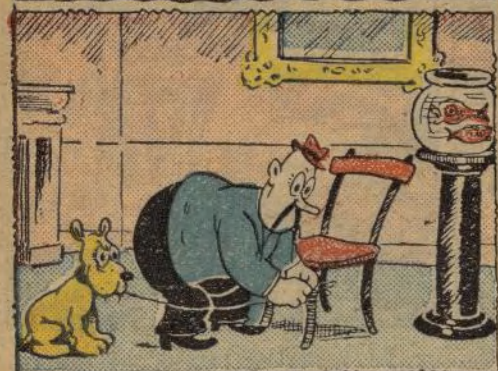
—Eres bueno, muy bueno. Nunca me olvidaré de ti.

Y fué entonces cuando Juanín sintió que unos fuertes brazos le estrechaban con inmenso cariño. Era su padre, que había oído todo sin que los dos muchachos se enterasen, y que cubrió de besos el rostro del hijo amado y caritativo.

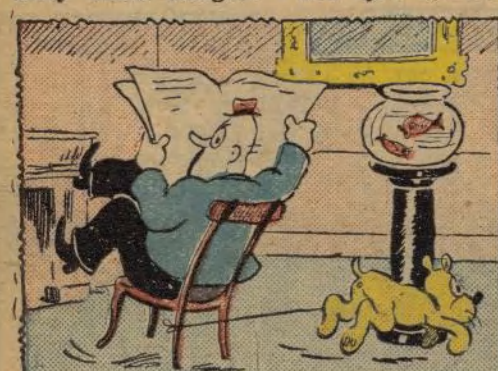
Y jamás faltaron las flores en la mesa de Juanín ni en la tumba de la madre del rapaz andrajoso, que aprendió en un momento lo que es el sublime sentimiento de la caridad.



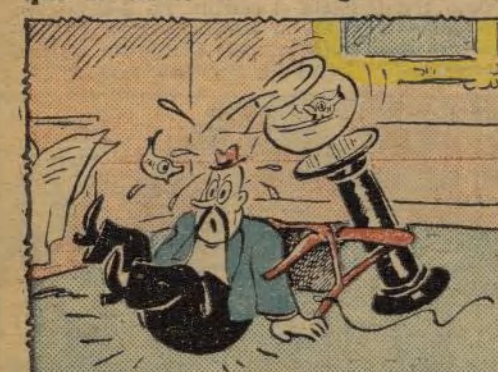
DON SEVERO AVENTURERO



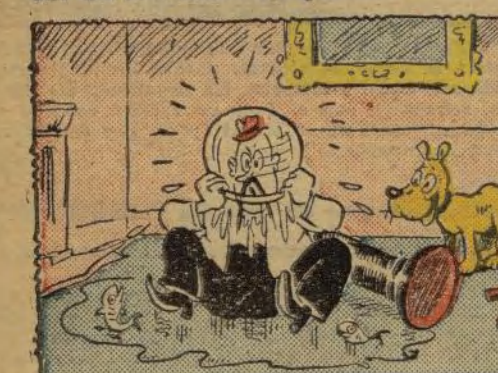
A don Severo le habían regalado un perro pura sangre que tenía muy mala sangre. Para que no se



le escapara, don Severo le ató a una pata de su silla, bien seguro de que así no le daría disgustos. Mas



quiso su mala estrella que ante la pupila del chuchó pasease un ratón, y, sin darse cuenta de que estaba ama-



rrado, se lanzó sobre el bichejo, arrastró la silla, derribó la pecera, volcó la peana... y, total: don Severo, vestido de buzo, fué a parar a la clínica.

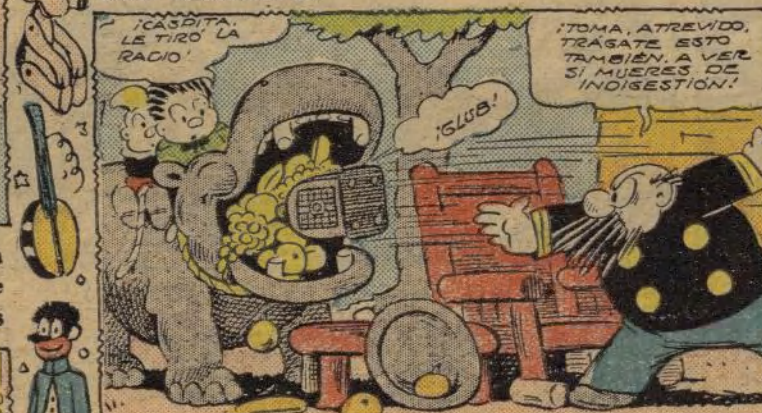


Estaba visto que a Laura y Kilómetro no había quien los adoptara, y nuestros aventureros se dispusieron a colarse en la primera casa

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE



Estaban cierto día Tarugo y Perdigon apostando a ver quien se hacia más de prisa cosquillas en los pies, cuando vieron aparecer en lontananza (¡Qué palabra tan bonita!) a su antiguo amigo el hipopótamo amaestrado



Quando el capitán se dió cuenta de que su merienda había pasado a mejor vida se puso de enfadado que parecia que se le iba a torcer una cadera, y, agarrando el superheterodino, le alumbró un superheterodinazo.

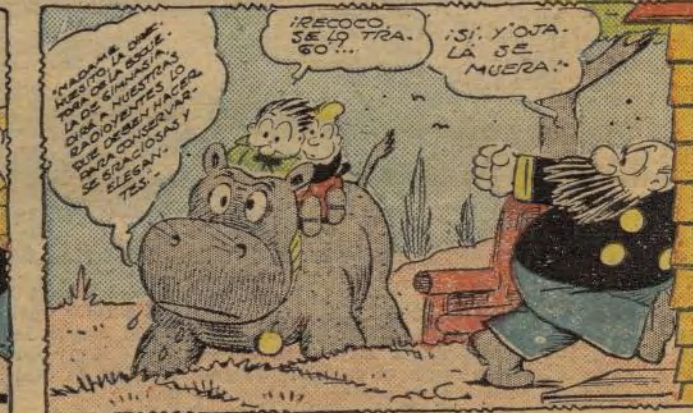


"Háganse cuarenta y cinco flexiones y se reducirá el vientre..." (decía el conferenciante), y mamá Tecla, que ansiaba el adelgazar, con toda la fuerza de su rodete se lió a hacer flexiones, ante la algazara de sus preciosos retoños.

TARUGO Y PERDIGÓN



Eran los marinos del buque trasatlántico, que venían para hacer aguada, pues habían oído que el agua de aquella isla curaba la tifoidea, y, mezclada con el vino, sabía muy mal. El capitán les prestó a los pilluelos el hipopótamo.



El hipopótamo se tragó el aparato, y se quedó el pobrecito sin decir esta boca es mía; mas para cubrir tal deficiencia, el aparato comenzó a funcionar, no a toda onda, que es poco decir, sino a todo orzazo.



La señora, después que hubo sudado de tal manera que parecia que había llovido dos días seguidos, entró en la casa a ver lo que había adelgazado, y Terre-Moto y Barba-Cana no dudaron de que la vieja estaba más loca que una castaña.

TERESA NIÑA TRAVIESA



Marinito había leído ya su JEROMIN, y Teresa se lo pidió: "Anda, hermoso, déjame leer". Pero Mari-

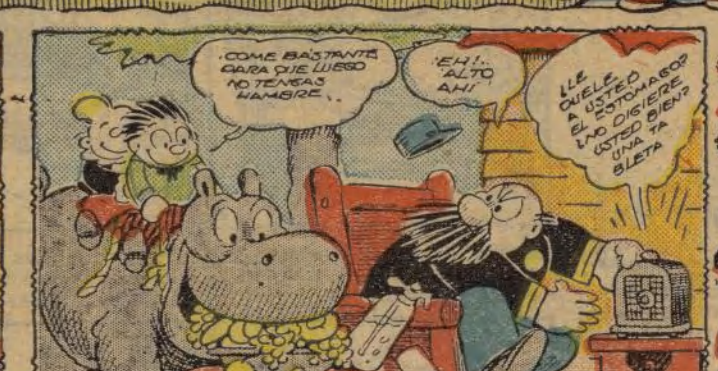


nito era un rato largo de bestia y mala idea, y antes que dárselo a la niña prefirió tirarlo al barro. A pesar de



ello, Teresita lo recogió, todo manchado de barro, con gran algazara del animalito del niño, que se reía de

TERESA NIÑA TRAVIESA



El hipopótamo abrió una boca que parecia un portal de casa grande, y, en menos que dice Jesús un sacamuelas, le tiró un viaje a la merienda, que la dejó en los huesos, y no se tragó la mesa porque no usaba palillos.



En aquel momento el superheterodino intestinal había captado una conferencia de divulgación científica para adelgazar, y como mamá Tecla sabía que aquel hipopótamo estaba amaestrado, creyó firmemente que era él quien hablaba.



Conseguida la extracción, los marinos y el capitán embarcaron con rumbo a su barco, y Terre-Moto se lanzó al agua, pidiendo a gritos que le llevaran consigo; mas, por su desgracia, mamá Tecla se había olido el drama, y el fugitivo fué cazado

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Y, aterrados ante esta suposición, los vagabundos escaparon a una velocidad de campeón, dejando a nuestros amigos como dueños



Y, aterrados ante esta suposición, los vagabundos escaparon a una velocidad de campeón, dejando a nuestros amigos como dueños



Y, aterrados ante esta suposición, los vagabundos escaparon a una velocidad de campeón, dejando a nuestros amigos como dueños

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



Telesforo y "Dinamita" habían estado jugando con sus amigos a que eran los finalistas de la Copa de fútbol, y estaban hechos migas los pobrecitos.



Telesforo, que tenía unas ideas como para que le concediesen la medalla del mérito, decidió que se tumbasen a descansar en el cesto de la ropa sucia.



Don Simplón había contratado los servicios de la robusta "Carbonilla" para que ésta lavase la ropa del nene, que ensuciaba más que un regimiento.



Pero "Carbonilla" limpiaba más que el aceite de ricino, y cargó con el cesto sin aperibirse de que dentro iban los dos bellos durmientes.



Y mientras don Simplón se retiraba tranquilo, "Carbonilla" volcó de golpe y porrazo la colada en la pila, sonriendo con una boca que parecía una espuerta.



Y del fondo de la pila, mojados y resfriados, salieron Telesforo y "Dinamita", en tanto que "Carbonilla" gritaba: "¡Cielo santo, y que chinches tan raras tenía esta ropa!"

MIKITO EL AVIADOR



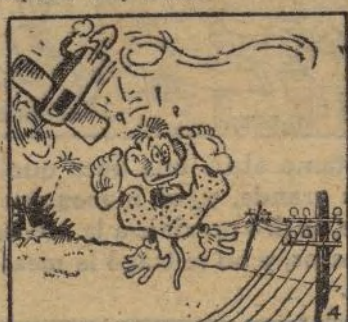
Mikito iba a emprender la travesía del Atlántico en un monoplano muy mono.



Pero nada más "despegar", el aparatito inició una graciosa vuelta de campana.



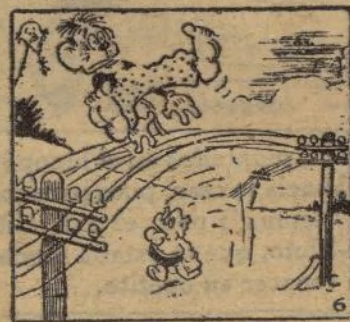
Y Mikito comprendió que se le iba a saltar la "etapa" de los sesos.



Mientras caía a tierra, se acordaba del paracaídas que valientemente había despreciado.



Pero tuvo la suerte de caer sobre unos cables, que amortiguaron el golpe.



Claro que la misma elasticidad fué causa de que Mikito saliera despedido.



Y otra vez la buena suerte, en forma de cometa, se ofreció al intrépido aviador, que pudo volver a sonreír.



Repuesto del susto, Mikito tuvo una de esas ideas que tanta fama le han dado, y comenzó a ponerla en práctica.



La idea, como véis, no pudo ser más bonita ni más práctica, y gracias a ella descendió suavemente a tierra.



La cometa había decidido también suspender su vuelo, y vino a caer sobre un enorme pastel, clavándose en él.

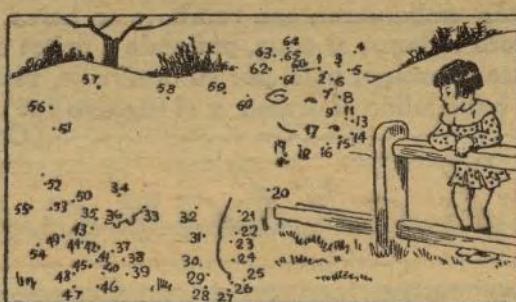


Hipopótamez lo había observado y salió corriendo con intenciones bastantes golosas, pero Mikito estuvo al quite.



Y mientras Elefantón declaraba la guerra a Hipopótamez, el frustrado aviador se posesionó del rico pastel.

PASATIEMPOS



¿Qué mirará esta niña con tanta atención? Unid los puntos del 1 al 66 y lo sabréis en seguida.



Este señor se ríe porque ve que se le acerca un amigo con un perro. ¿Dónde están el amigo y el perro?

Habiendo surgido alguna duda en la interpretación de la reciente ley que regula el precio de los periódicos, en lo que se refiere a las revistas infantiles, como la nuestra, JEROMIN vuelve a venderse al precio de diez céntimos, hasta que una interpretación autorizada de dicha ley obligue a todas las revistas similares a venderse a un mismo precio. Esperamos que esta interpretación no se hará esperar.

El huérfano Antonio, que ha huido del circo Waldorf donde trabajaba su tutor, el trapeartista Bepo, regresa al campamento para rescatar un anillo de su madre que Bepo guarda.

COMPANEROS DE CIRCO



Cuando se vieron libres, los tres caballos, asustados por los gestos de Antonio, comenzaron a relinchar estrepitosamente y a galopar por la pradera. Inmediatamente acudieron gentes del circo y echaron a correr en pos de los animales para detenerlos.



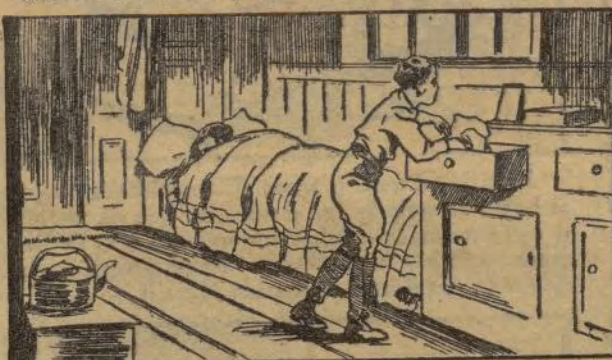
Entre tanto, Antonio había logrado deslizarse sin ser notado hasta el carro de Bepo, y viendo que éste se había alejado con los demás en persecución de los caballos, penetró audazmente en el carromato que servía de habitación a su tutor.



Apenas había entrado, oyó los pasos de Bepo que regresaba, y sólo tuvo tiempo de esconderse detrás de unas cortinas que había en la estancia. Desde allí vio entrar a su tutor, y el corazón comenzó a agitarse cuando vio que Bepo cerraba la ventana.



Oyó Antonio que alguien, hablando desde fuera, decía que los caballos, al fin, habían sido detenidos. Luego vio que Bepo se acostaba y, cuando su respiración le anunció que ya dormía, salió cautelosamente de su escondite.



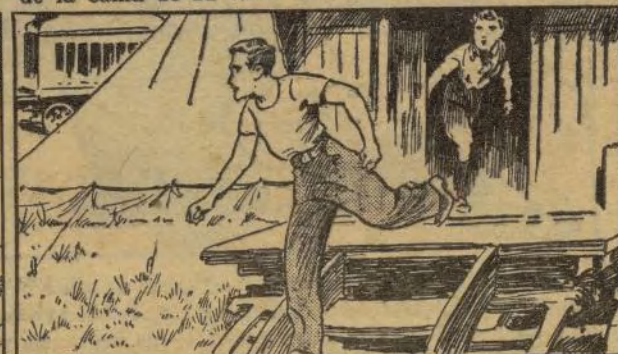
Se dirigió de puntillas hacia la cómoda y abrió uno de sus cajones. Esperó un momento por si Bepo había oído algo, pero vio que dormía plácidamente. Entonces prosiguió su tarea y comenzó a remover los objetos allí guardados, buscando el anillo.



No pudo hallarlo en el primer cajón, y, volviendo a dejar las cosas lo mejor ordenadas que pudo, abrió el segundo cajón y comenzó a buscar en él. Tan enfrascado estaba en su tarea, que no oyó el ruido de la cama de su tutor cuando éste se despertó.



Bepo había saltado de la cama al oír ruido y avanzaba por la habitación. Su mano buscaba en las tinieblas, y asió el brazo de Antonio. El muchacho sintió los dedos de hierro de su tutor en las carnes. "¡Hola! ¿Conque pretendías robarme?"



"Grandísimo pillo, gruñía Bepo airadamente. Ahora verás..." Pero en aquel momento resonó fuera un espantoso grito: "¡El león se ha escapado!" Pronto se levantó un concierto de voces de espanto, y Bepo salió precipitadamente del carro. (Continuará)

UNA SIESTA INTERRUPTIDA



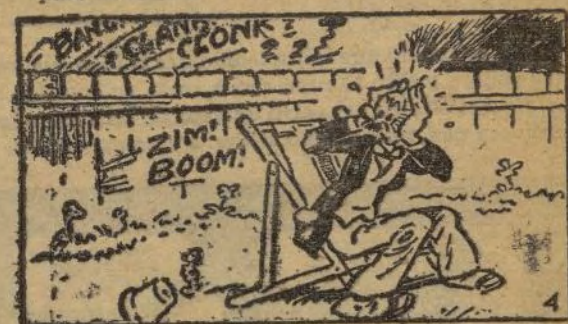
"Las cosas inútiles debemos tirarlas, pues no hacen sino estorbar. ¿Te enteras, Manolín?" "Bueno, bueno; como usted diga", contestó éste.



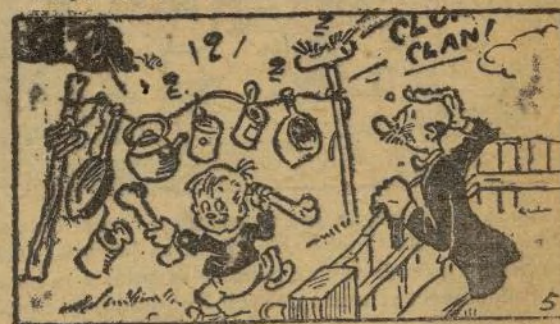
"Parece que no, pero he sudado. Ahora descansaré y dormiré mejor mi siestecita", decía don Policarpo caminando hacia la "gandula".



Y, efectivamente, don "Poli" se quedó dormido plácidamente, soñando con alguna bella sinfonía, pues la música le cautivaba.



Pero una música horrrisona vino a destrozar el poema sinfónico, haciendo que don Policarpo se despertara sobresaltado.



Y cuando llegó al sitio de donde partían los descompasados ruidos, don Policarpo se encontró con esta escenita.

COMO TOM SALIO TRIUNFANTE DE LA LUCHA EMOCIONANTE



El indio "Aceituno" tenía un odio, si no africano, por lo menos bastante americano, al simpático Tom. Por eso no es de extrañar que le lanzara esa piedra a la cabeza.



"Aceituno" daba por segura la muerte de Tom, a juzgar por la satisfacción que se pintaba en su rostro. Por esta vez había fallado su puntería, desgraciadamente para él.



Pues cuando el rostro volvió, halló su castigo, viendo que Tom se estaba riendo y dándole un empujón. "Aceituno" salió despedido de su barca, en tanto que la de Tom...



...se balanceaba dulcemente. Y así fue como Tom, además de apoderarse de la barca del "Aceituno", le daba unos azotitos y le aconsejaba que no hiciese más el "indio".

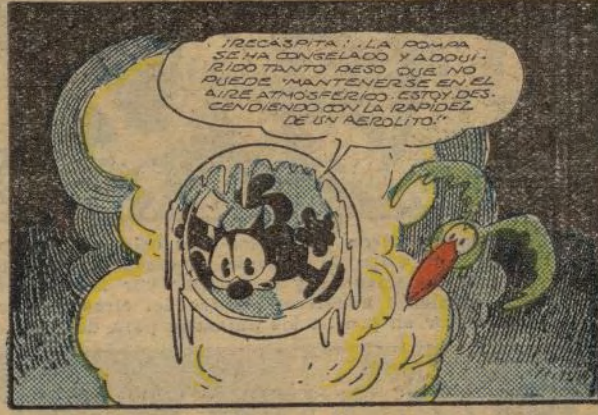
ANDANZAS DEL GATO FELIX



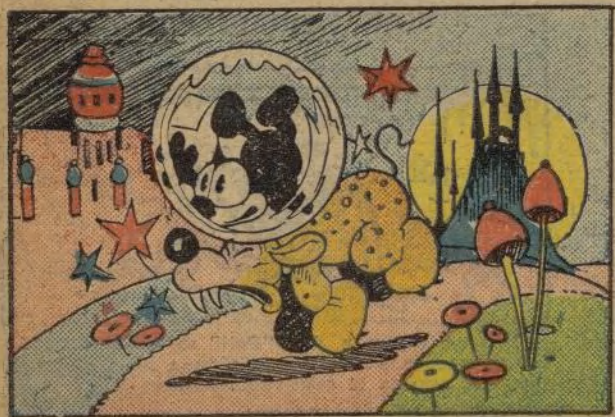
El jabón de aquel gigante hacía unas pompas más duras que el alma de un judío, y Félix, dentro de su magnífico globo cristalino, proseguía su maravilloso viaje por el país de los sueños bellos adonde le llevó el hada Inmaculada.



Pero no todo iba a ser reír y montar en globo; pronto comenzó a caer una helada, que no era precisamente el hada Inmaculada, sino helada de la nieve, del hielo y del "mantecao" rico "helao" y de los sorbetes de naranja.



El globo cristalino se heló todo él, adquiriendo una rigidez y un peso que le hizo entrar en barrena, ante el asombro de un pájaro más feo que rebañar los platos con los "dátiles", que no se explicaba la caída—el pájaro.



Ya es sabido que Félix tenía unas caídas que acardenalaban, y esto lo supo casi a costa de su masa encefálica el Orejas, un perro del país de los sueños, con una cara que, más que un sueño, era una pesadilla.



El Orejas pensó que se le había caído encima una estrella; pero cuando se dió cuenta de que lo que le había lesionado no era más que un gato dentro de un globo, se lanzó sobre el idem y le largó un viaje capaz de perforar un submarino.



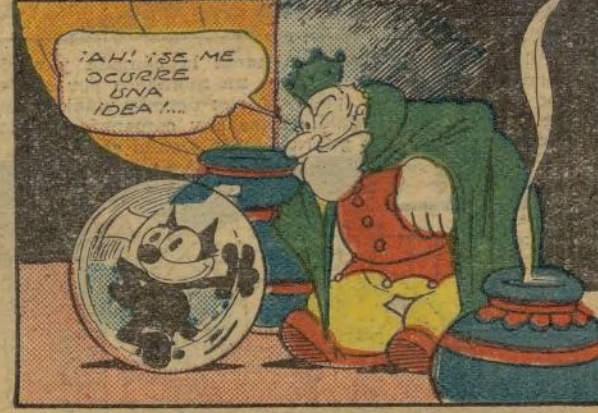
Pero que si quieres arroz, Filomena; el globo aquel se había congelado de tal manera, que no lo abrían ni con autorización del Ayuntamiento, y el Orejas comenzó a ladrar hasta llamar la atención de los guardias del muy ilustre Ronquido XXVII.



Después de pegar una de patadas, que si las dan en un campo de "foot-ball" se ganan la copa, comprendieron que no podían romper la bola, y la hicieron rodar hasta el trono del rey Ronquido, que puso una cara como para un primer premio de concurso.



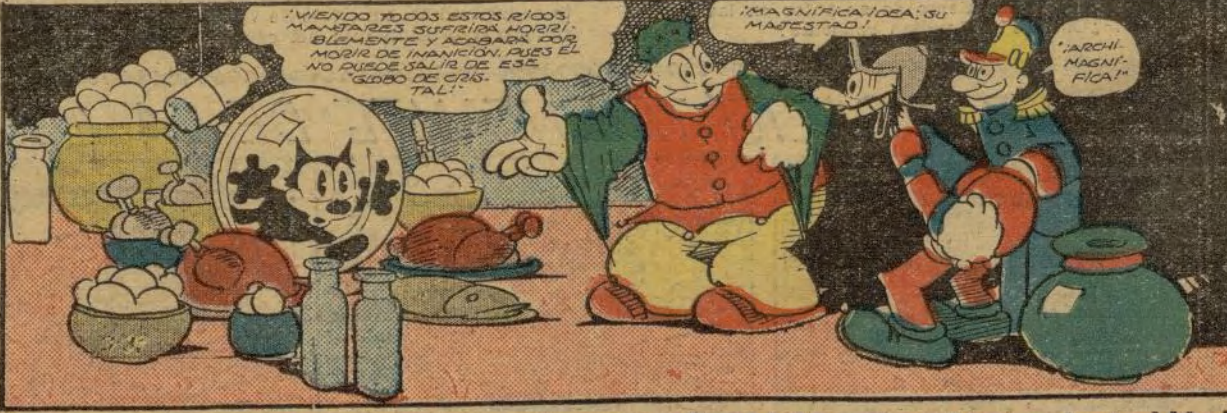
Por distintos medios intentaron sacar de allí a Félix; pero si, si, naranjas de Valencia; ante la bolita mágica fallaron los golpes, las patadas, los mazazos, y no falló la artillería de sitio porque en aquel país no tenían artillería de sitio.



Ronquido XXVII se enfureció tanto, que comprendió que si no sacaban de allí al gato le daría un ataque de apendicitis (al rey, no al gato), y se puso a pensar con el cerebro en la mano y la barba en acción una idea salvadora.



Y al instante surgió la idea, si no salvadora, por lo menos prima hermana suya, y al instante, el muy ilustre Ronquido se puso al habla con el jefe de sus cocineros para poner en práctica aquel recurso salvador.



El muy ilustre no era tan animal como a primera y hasta segunda vista parecía, y he aquí lo que había pensado: "Si no podemos sacar el gato hemos de hacer porque el gato salga solo." ¿Cómo? ¡Ah! Aquí estaba la lazada o el nudo de la cuestión.

El rey había comprendido que el gato debía de tener un hambre como para tirarle un bocado a un banco y quitarle el respaldo, y mandó colocar al globo entre una serie de apetitosos manjares que hacían la boca agua destilada. ¿Saldría Félix? (Continuará)